

## NACIONALISMO TARDÍO: EL CASO DE QUEBEC

La experiencia del nacionalismo en Quebec arrastra un considerable retraso, especialmente si se tiene en cuenta su proximidad a Estados Unidos, donde se estableció precozmente el vínculo entre Estado y nación. Pese a su aparente sosiego insípido, al menos tal como suele caricaturizarse en las comedias estadounidenses, Canadá sigue constituyendo una anomalía perpetuamente irritada en América: un Estado que abarca dos naciones (si no más, teniendo en cuenta la importancia de las «naciones primigenias» autóctonas). El informe de Lord Durham, respuesta imperial a la Rebelión de 1837, observó inicualemente que el Canadá Inferior (la actual Quebec) consistía de hecho en «dos naciones guerreando en el seno de un mismo Estado»<sup>1</sup>, y esa observación se puede extender fácilmente a los problemas constitucionales del Canadá moderno. Más de siglo y medio después, las ideas de Lord Durham siguen siendo una amenaza para el nacionalismo quebequés, al recomendar la asimilación de la población francófona, al mismo tiempo que una profecía, al despertar el sentimiento de «nacionalidad» en la Norteamérica británica. Así pues, en el imaginario nacionalista, el único modo de evitar su asimilación al resto de la Norteamérica anglófona consiste en dar cuerpo a las dos naciones de Durham creando un Estado soberano que marque definitivamente el surgimiento de un pueblo francófono maduro en América del Norte.

Observándolo con cualquier criterio razonable, Quebec se ha ido manifestando efectivamente como una sociedad vibrante y progresista en los últimos cuarenta años, poco más o menos en el período transcurrido desde que la elección de Jean Lesage en 1960 inició la «revolución silenciosa» que redujo la antigua dependencia económica de Quebec con respecto al capital anglocanadiense y estadounidense y disolvió el monopolio cultural de la Iglesia católica. La revolución silenciosa también coincidió con la explosión del nacionalismo quebequés moderno y la creación del *Parti Québécois*, liderado inicialmente por el carismático René Lévesque,

---

<sup>1</sup> *Lord Durham's Report*, ed. Gerald Craig, Toronto, 1963, p. 23.

como fuerza política nacionalista y socialdemócrata. Aunque el *Parti Québécois* ha gobernado la provincia durante la mayor parte del tiempo desde su primera elección en 1976, no ha sido capaz de completar en los dos referéndums efectuados (en 1980 y 1995) lo que considera la culminación de la revolución silenciosa, esto es, su independencia con respecto a Canadá. El fervor nacionalista, de hecho, parece estar en declive desde el pináculo alcanzado en el referéndum de 1995 (significativamente presentado en los términos más tranquilizadores de «soberanía» y «asociación» con Canadá), que estuvo a punto de ganar [49,4 por 100 de síes frente al 50,6 por 100 de noes (N. del T.)]. Aunque el actual gobierno del *Parti Québécois* sigue oficialmente comprometido con el objetivo de plantear otro referéndum en el futuro, la población parece haber perdido su afán de un nuevo episodio en el debate constitucional: Lucien Bouchard, el político cuya elocuencia y fuerza oratoria llevó la opción soberanista hasta el borde del triunfo en 1995, dimitió en enero de 2001 como primer ministro de la provincia, invocando la frustración a la que le llevó su incapacidad para avivar el fervor nacionalista tras el referéndum. En el imaginario nacionalista, todavía potente en Quebec, eso sólo se puede entender como falta de nervio e inmadurez colectiva.

¿Está pues condenado Quebec, como ejemplo casi único en el hemisferio norte, al *status* atávico del neocolonialismo? No, aseguran los nacionalistas; la maduración colectiva de Quebec puede retrasarse, pero no indefinidamente. Como ha argumentado Benedict Anderson en su importante trabajo sobre el nacionalismo, en ese asunto funciona una lógica serial: la universalización de la «nación» como apelativo de la identidad política y cultural en un mundo que se define como el de las Naciones Unidas<sup>2</sup>. Jacques Parizeau, el presidente del *Parti Québécois* que organizó el referéndum de 1995, invocaba una y otra vez el momento en que Quebec ocuparía por fin el lugar que le correspondía en las Naciones Unidas asumiendo responsablemente todas las funciones internacionales normales. Se trataba de una proyección sin contenido político específico en el sentido corriente; no existía la pretensión de modificar los asuntos mundiales, ni siquiera la vida de la mayoría de los quebequeses. Un «sentimiento» colectivo, como sugiere Anderson, aspira a verse reflejado en la universalidad de las «Naciones Unidas». El poder de atracción del nacionalismo descansa en esa psicologización de la nación. Responde tanto a la «naturalidad» de la forma política del Estado-nación, como a la pulsión de la identificación individual con un «espíritu» nacional. La derrota en el referéndum, por lo tanto, podría considerarse como una especie de fracaso existencial. Quebec se negaba una vez más a sí mismo el «sí», con lo que de hecho no asumía su responsabilidad en el mundo como nación adulta.

---

<sup>2</sup> Véase en particular Benedict ANDERSON, «Nationalism, Identity, and the Logic of Seriality», en *The Spectre of Comparisons*, Londres y Nueva York, Verso, 1998, pp. 29-45.

Esa retórica fuertemente sentida de crisis existencial no es tan sólo una reacción frente a la derrota en dos referéndums. Impregnó hasta el fondo la cultura quebequesa al hacer explosión el sentimiento nacional en el período de la revolución silenciosa. El afamado poeta de la época, Gaston Miron (1928-1996) pudo escribir un poema titulado *Pour mon repatriement* [Por mi repatriación], en el que declaraba: *un jour j'aurai dit oui à ma naissance* [algún día diré sí a mi nacimiento]<sup>3</sup>. Como poco desde la década de 1950, y a lo largo de todo el período de la revolución silenciosa, los nacionalistas quebequeses han invocado en efecto un «sujeto-nación» psicologizado, cuyo destino, como el de un niño, es necesariamente el de llegar a independizarse de sus padres. El psicoanalista Camille Laurin<sup>4</sup>, autor de la Ley 101 (celebrada todavía ampliamente como baluarte de la lengua francesa en la provincia), que se convirtió más tarde en una figura destacada del primer gobierno del *Parti Québécois*, prestó sus credenciales profesionales a esa psicología colectiva. En el período del luto nacionalista tras el último referéndum, el tropo regresó como espectro de la infancia perpetua en el libro titulado *Ce pays comme un enfant*<sup>5</sup>. El continuo uso de la terminología del nacimiento colectivo y la maduración representa quizá el gesto retórico más enérgico del repertorio nacionalista, ya sea en Quebec o en cualquier otro lugar<sup>6</sup>.

Aunque se trate de una sociedad avanzada, Quebec es, desde la poderosa óptica del nacionalismo, una sociedad atrasada. Se nos presenta así un interesante ejemplo de las vicisitudes políticas y culturales del nacionalismo como proyecto global y serializado. Su ejemplaridad es especialmente pertinente para los «nuevos- viejos» nacionalismos en los países europeos (Escocia, Catalunya), aunque también esté vinculado a casos poscoloniales por su origen americano y colonial. Nos permite asimismo tomar la medida del intelectual nacionalista en el nuevo panorama cultural del posmodernismo. «En la base del orden social moderno –escribe Ernest Gellner– no está ya el verdugo, sino el profesor»<sup>7</sup>. Este aspecto de la «modernidad» permanece netamente definido en Quebec donde sigue siendo una memoria viva el cuasi monopolio clerical de la vida intelectual y cultural francófona (el número de sacerdotes católicos en Quebec disminuyó abruptamente desde unos 8.400 hacia 1960 hasta 4.285 en 1981). En este marco, el carácter nacionalista de los intelectuales seglares

<sup>3</sup> G. MIRON, *L'homme rapaillé (Poèmes 1953-1970)*, Montreal, 1970, p. 87.

<sup>4</sup> C. LAURIN, «Autoridad y personalidad del Canadá francófono», en *Ma traversée du Québec*, Montreal, 1970, pp. 19-34.

<sup>5</sup> Serge CANTIN, *Ce pays comme un enfant: essais sur le Québec (1988-1996)*, Montreal, 1997.

<sup>6</sup> Una figura alternativa, ampliamente usada, es la del matrimonio, en la que Quebec aparece como la esposa desdeñada u oprimida, desea abandonar el hogar conyugal. Sin embargo, dado que incluso un matrimonio que funciona mal no conduce necesariamente al divorcio, me parece que esa metáfora del imaginario nacionalista es menos sugerente, aunque quizá muestra mejor la ambivalencia de los quebequeses hacia la independencia.

<sup>7</sup> E. GELLNER, *Nations and Nationalism*, Ithaca, Nueva York, 1983, p. 34 [ed. cast.: *Naciones y nacionalismo*, Madrid, Alianza Universidad, 1988, p. 52].

se ha dado normalmente por supuesto: son los intelectuales orgánicos del Estado-nación, que se definen a sí mismos contra el universalismo del clero católico. «Los intelectuales están predestinados en cierto modo a propagar la idea “nacional”, señalaba Max Weber hace casi un siglo<sup>8</sup>, y ese diagnóstico conserva su valor. En Quebec, como ha argumentado persuasivamente Jocelyn Létourneau, ese sino cobró el aspecto de una preocupación «paternalista» protectora de la «*petite nation*» y su pueblo<sup>9</sup>.

### *El retraso y sus paradojas*

Ese destino, sin embargo, ya no se puede dar por garantizado en Quebec, donde la epopeya nacional y la posición privilegiada del intelectual dan muestras de fatiga estructural. Si bien ese agotamiento se suele atribuir con demasiada superficialidad al pensamiento «posmoderno», es curioso que Jean-François Lyotard elaborara la teorización seminal del posmodernismo, a finales de la década de 1970, precisamente para el *Conseil des Universités* de Quebec, como parte de la reconceptualización de la educación que se estaba llevando a cabo en la provincia como parte de la revolución silenciosa<sup>10</sup>. Ese informe, no obstante, le pareció del todo inapropiado al primer gobierno del *Parti Québécois*, cuando se disponía a convocar el referéndum de 1980 sobre la «asociación de soberanías». La afirmación de Lyotard de que la nueva «multiversidad ya no estaba en condiciones» de «preparar a una elite capaz de guiar a la nación hacia su emancipación»<sup>11</sup>, fue, por lo que yo sé, totalmente ignorada por el órgano institucional que había encargado originalmente ese informe. Eso no significa, sin embargo, que el discurso del nacionalismo quebequés haya podido solventar con éxito el dilema que le presentaba Lyotard. El referéndum de 1995, de hecho, vio confluír a dos formas de nacionalismo: el recurso populista a una retórica de «humillación» nacional y «afirmación» final, enérgicamente empleada por Lucien Bouchard en la campaña del referéndum; y, en un registro considerablemente más bajo y más irónico, un nacionalismo tardío. Si la modernidad produjo el intelectual nacionalista, éste es ahora una figura sometida a la tensión «posmoderna». El nacionalismo aparece cada vez más como una fuerza sospechosa, pero el

<sup>8</sup> M. WEBER, *Economy and Society*, Berkeley y Los Ángeles, 1978, pp. 915-916 [ed. cast.: *Economía y Sociedad*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1993]. Véase el comentario de Perry ANDERSON, «Max Weber and Ernest Gellner: Science, Politics, Enchantment», en *A Zone of Engagement*, Londres y Nueva York, 1992, p. 197 [ed. cast.: *Campos de batalla*, Barcelona, Anagrama, 1998].

<sup>9</sup> J. LÉTOURNEAU, *Passer à l'avenir: histoire, mémoire, identité dans le Québec d'aujourd'hui*, Montreal, 2000, pp. 115-140.

<sup>10</sup> Véase William COLEMAN acerca de la reforma educativa y su relación con el nacionalismo, *The Independence Movement in Quebec 1945-1980*, Toronto, 1984, pp. 157-182.

<sup>11</sup> F. LYOTARD, *La Condition Postmoderne*, París, Minuit, 1979; en inglés, *The Postmodern Condition: A Report on Knowledge*, Minneapolis, 1984, p. 48 [ed. cast.: *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra, 1984, p. 90].

Estado-nación no ha perdido en sí mismo nada de su legitimidad. Así, Estados Unidos puede incorporar la «antigua» legitimidad del Estado-nación al mismo tiempo que denuncia resueltamente varias formas de nacionalismo «malo»<sup>12</sup>. Si bien esta coyuntura también pone de relieve el atractivo del nacionalismo para la izquierda, ha producido al mismo tiempo un nacionalismo tardío que se distancia de cualquier pretensión más amplia de emancipación. Esto es quizá particularmente cierto en el caso de naciones pequeñas, ya sea Escocia, Catalunya o el propio Quebec, que han acotado sus aspiraciones nacionales en el marco de estructuras económicas y políticas supranacionales (la Unión Europea o el Tratado de Libre Comercio de América del Norte)<sup>13</sup>.

Daniel Latouche, irónico frente al nacionalismo quebequés tradicional, representa esa nueva formación. Se trata de un intelectual que trabaja en el departamento de urbanización del *Institut National de la Recherche Scientifique* de Quebec, nacido en 1945, y que pertenece por lo tanto a la generación que creció con la revolución silenciosa de la década de 1960 y el movimiento independentista, habiendo estado asociado estrechamente en varias ocasiones a los nodos públicos del nacionalismo quebequés: el *Parti Québécois* y el periódico *Le Devoir*. Latouche es un pensador ágil, próximo en ciertos aspectos a una figura como Tom Nairn: preocupado permanentemente por el destino del nacionalismo frente a las corrientes más amplias de los desarrollos globales, y bien preparado para desafiar las suposiciones fáciles acerca de la pretendida irrelevancia del Estado-nación.

En el período que condujo al referéndum de 1995, Latouche se erigió en embajador ideológico del nacionalismo quebequés frente al Canadá anglófono y Estados Unidos, apareciendo en el Informe McNeil-Lehrer en Estados Unidos, escribiendo para el *Globe & Mail* de Toronto, y respondiendo a las *Letters to a Québécois Friend* de Philip Resnick<sup>14</sup>. A comienzos de la década de 1990, cuando el fracaso del Acuerdo del Lago Meech de Brian Mulroney, que garantizaba a Quebec el *status* de «sociedad específica», preparó el terreno para un nuevo referéndum sobre la independencia, Latouche intentó una especie de nacionalismo desilusionado en el corazón del «territorio enemigo», la anglófona *Gazette* de Montreal. «El nacionalismo es como un dolor de muelas. Nunca evoluciona favorablemente, ni desaparece por sí solo. Sus excesos provienen de las dilaciones y obstáculos con que se intenta contener o desviar su curso natural hacia su objetivo igualmente natural: la soberanía»<sup>15</sup>. La metáfora es notable, y

<sup>12</sup> Véase Tom NAIRN, «Demonizing Nationality», en *Faces of Nationalism*, Londres y Nueva York, 1997, pp. 57-67; y también Frederic JAMESON, «Globalización y estrategia política», NLR 5, noviembre-diciembre de 2000.

<sup>13</sup> Para una útil comparación entre los tres casos, véase Michael KEATING, *Nations against the State: The New Politics of Nationalism in Quebec, Catalonia and Scotland*, Londres y Nueva York, 1996.

<sup>14</sup> Ph. RESNICK, *Letters to a Québécois Friend*, Montreal y Kingston, 1990.

<sup>15</sup> D. LATOUCHE, «Ten Reasons for Sovereignty», *The Gazette*, 31 de octubre de 1991, p. B3.

no sólo porque fuera más tarde empleada por el propio Jacques Parizeau cuando hablaba, en la campaña del referéndum de 1995, ante un público hostil formado por hombres y mujeres de negocios de Toronto. El nacionalismo es a la vez algo completamente «natural» –término empleado dos veces en la frase citada– y también negativo, como un dolor de muelas, algo que precisa «cura»<sup>16</sup>. Aunque la alegoría estuviera evidentemente influida por su ámbito, intentando neutralizar a una audiencia hostil convenciéndola de la inevitabilidad del nacionalismo al que se oponía, la capacidad de Latouche y Parizeau de ironizar acerca de la naturalidad del Estado-nación se sitúa en un contexto en el que la serialización de los Estados-nación, más que cualquier conflicto político particular entre Ottawa y Quebec, era el verdadero objeto del debate sobre la autodeterminación<sup>17</sup>.

Latouche atestigua la antinomia del nacionalismo tardío: por un lado, el poder prolongado de la idea de Estado-nación como principio virtualmente universal de legitimidad política y cultural; por otro, la creciente sensación de fatiga ideológica en torno a la cuestión y un melancólico deseo de «naciones sin nacionalismo». Benedict Anderson ha acuñado recientemente la expresión «nacionalismo oficial tardío» para describir el intento, a veces fallido, de producir afectos nacionalistas desde las elites burocráticas; los propios términos, además, sugieren la posibilidad de periodizar el nacionalismo de un modo antagónico al imaginario nacionalista clásico, que siempre ha insistido en la profundidad histórica del sentimiento nacional<sup>18</sup>. «La soberanía de un pueblo es una idea muy, muy pero que muy antigua», insistía Bertrand Landry en su reciente campaña para suceder a Bouchard como líder del *Parti Québécois* y primer ministro de la provincia. «La soberanía es algo inmutable, universal»<sup>19</sup>.

De ahí no se deduce necesariamente, sin embargo, que la posibilidad de periodizar al nacionalismo disipe automáticamente el poder de sus reivindicaciones. La importancia de una cultura avanzada (esto es, alfabetizada) es un síntoma del carácter de la propia modernidad, que produce la necesidad de la especialización e intercambiabilidad de funciones (lo que Gellner denomina necesidad de producir «mensajes sin contexto») así como un entorno social caracterizado por el contacto diario con burocracia

---

<sup>16</sup> Para una discusión sobre el *pathos* figurativo de la «política del cuerpo» en Quebec, vid. Kim SAWCHUK, «Wounded States: Sovereignty, Separation, and the Quebec Referendum», en Bill Burns, Cathy Busby y Kim Sawchuk, (eds.), *When Pain Strikes*, Minneapolis, 1999, pp. 96-114.

<sup>17</sup> Los nacionalistas quebequeses sostienen que la «centralización abusiva» del poder político en Ottawa priva a Quebec de instrumentos necesarios para su desarrollo. A un observador ajeno, sin embargo, se le podría perdonar su incapacidad para discernir las propuestas de gestión que cabría hacer en un Quebec independiente de las que ya se hacen actualmente. El papel del gobierno provincial en la economía es enorme, medido con los criterios norteamericanos.

<sup>18</sup> B. Anderson, *Spectre of Comparisons*, cit., pp. 46-57.

<sup>19</sup> *Globe & Mail* (Toronto), 23 de enero de 2001, p. A7.

cias amplias e interconectadas. El nacionalista moderno, por lo tanto, exige una correspondencia entre las fronteras políticas y las culturales, ya que, como argumenta Gellner, «la falta de congruencia no es tan sólo un inconveniente o desventaja, sino que expresa una humillación continuada. Sólo si se alcanza esa congruencia puede uno sentirse “cómodo en la propia piel”».<sup>20</sup> Por lo que yo sé, esa característica fundamental del nacionalismo no ha sido refutada, ni siquiera por el surgimiento de un posmodernismo que prescinde de las narrativas maestras de la modernidad. Y aunque la experiencia del nacionalismo contemporáneo en las sociedades altamente desarrolladas tiende a relativizar la naturalidad de su propia proclamación de legitimidad, quizá sea útil presentar el caso quebequés como periodización ejemplar de esa experiencia.

### *Progenitores clericales*

El nacionalismo francocanadiense se desarrolló muy lentamente tras la conquista británica, a lo largo de todo el siglo XIX. Fue en gran medida consecuencia del dominio del clero católico sobre una población predominantemente rural que tenía muy escasos contactos directos con las burocracias imperial y canadiense. Ese clero era de carácter fuertemente ultramontano, hostil tanto a la Francia republicana como al Estados Unidos protestante. Las ciudades, en especial Quebec y Montreal, se fueron convirtiendo entretanto en importantes centros del capital anglocanadiense (los empresarios eran con frecuencia de origen escocés), que se hallaba al frente de imperios de ámbito continental, el comercio peletero y más tarde el ferrocarril Canadian Pacific, así como las industrias extractivas y el sector manufacturero del propio Quebec. Los obreros urbanos solían ser francocanadienses emigrados a las ciudades, pero también irlandeses, ingleses y escoceses. Los francocanadienses de clase media se inclinaban hacia las profesiones liberales y el sacerdocio más que hacia los negocios, en los que por otra parte no solían ser muy bien recibidos.

En esas circunstancias, al nacionalismo francocanadiense no le resultó fácil prosperar, y el fracaso de la rebelión de 1837 suprimió de raíz el nacionalismo liberal y republicano en el Canadá francófono durante varias generaciones. Es sintomático de la difícil génesis del nacionalismo en Quebec que, incluso a comienzos del siglo XX, gran parte del movimiento nacionalista se volcara en un intento retrógrado de actuar como defensor de la fe, en el contexto de la urbanización a gran escala (así como de la emigración masiva hacia Nueva Inglaterra, donde los «pequeños Canadá» se convirtieron en norma en las ciudades industriales). La fe católica del Canadá francófono siguió siendo el elemento clave de esa inestable conjunción de internacionalismo católico y particularismo nacional, lingüístico y étnico. El abate Lionel Groulx, cuya historia de Nueva Francia

---

<sup>20</sup> E. GELLNER, «Reply to Critics», NLR I/221, enero-febrero de 1997, p. 84.

(*La naissance d'une race*, 1919) servía como clave de bóveda de ese nacionalismo, epitomizaba la defensa en esa época de la idea de una raza-nación esencialmente moderna (afín en el caso de Groulx a la *Action Nationale* y *Jeune Canada*, las variantes canadienses de la fascista *Action Française*), que también apelaba a la supuesta pureza de tipo *ancien régime* del campesinado católico antes de la conquista británica (Groulx, auténtico Jano del nacionalismo moderno en Quebec, inventó prácticamente los estudios académicos sobre historia francocanadiense en la *Université de Montréal*). El legado de Groulx constituye actualmente un lastre muy pesado para el nacionalismo quebequés. Fue una figura importante para quienes ahora cuentan sesenta o setenta y tantos años, pero las generaciones más jóvenes lo tienen muy poco en cuenta, especialmente debido a las recientes controversias acerca de su más o menos intenso antisemitismo<sup>21</sup>. El infame comentario de Jacques Parizeau en la noche del referéndum de 1995, de que «el dinero y el voto étnico» (una referencia quizá implícitamente antisemita) habían condicionado el resultado, fue amplia y acaloradamente repudiada en la provincia, y Parizeau dimitió como primer ministro al día siguiente, pero los persistentes sedimentos de la antigua xenofobia siguen condicionando al nacionalismo quebequés<sup>22</sup>.

### *Desarrollo provincial y revolución silenciosa*

La revolución silenciosa de las décadas de 1960 y 1970, aunque no constituyó en sí misma un movimiento estrictamente separatista, transformó el panorama del nacionalismo en la provincia, haciendo posible el repudio del nacionalismo del período Groulx (asociado en términos políticos con el reinado de Maurice Duplessis, «*la grande noirceur*» [la gran perfidia], que dominó las décadas de 1940 y 1950). La tasa de nacimientos en la provincia descendió dramáticamente de una de las más altas del mundo desarrollado a una de las más bajas. La revolución silenciosa también dio lugar a una política económica dirigista al estilo francés, creando por ejemplo el enorme Hydro-Québec, y estableciendo una fuerte presencia de la administración en la economía provincial mediante la creación de

---

<sup>21</sup> Esto se trata hasta sus últimos detalles en Esther DELISLE, *The Traitor and the Jew: Anti-Semitism and Extremist Right-wing Nationalism in French Canada from 1929 to 1939*, trad. de Madeleine Hébert, Montreal y Toronto, 1993. Mordecai RICHLER se apoyó en la investigación de Delisle para sus cáusticas observaciones sobre la naturaleza xenófoba del nacionalismo quebequés en *Oh Canada! Oh Quebec!: Requiem for a Divided Country*, Toronto, 1992, que suscitó un notable escándalo. Las opiniones de Richler son ampliamente compartidas por los quebequeses anglófonos.

<sup>22</sup> Esto se ha revelado dramáticamente en el reciente «caso Michaud» que afectó a un activista destacado del *Parti Québécois*, Yves Michaud, quien desarrolló una repulsiva obsesión por la oposición de los votantes judíos al PQ y a su proyecto nacional. La controversia contribuyó a la dimisión de Lucien Bouchard, sucesor de Parizeau como primer ministro, cuando se manifestó abiertamente que a muchos miembros del PQ les disgustaban las medidas que había adoptado contra Michaud.



un fondo de pensiones muy activo y la utilización de otros instrumentos para implementar una política industrial. El nombre que se dio a esa convergencia de intereses públicos y privados fue el de «*Quebec Incorporated*».

Pierre Trudeau calificó inicialmente a la revolución silenciosa de triunfo sobre el nacionalismo, al que asociaba con la era de Groulx y Duplessis. Su propio legado como primer ministro federal de Canadá fue un intento de lograr la igualdad francófona en Ottawa y una identidad diferenciada, pero todavía pancanadiense, en lugar de gestos imperiales o del «*melting pot*» [crisol] de estilo estadounidense: bilingüismo federal y multiculturalismo oficial. Esto acabó siendo más popular en el Canadá anglófono, donde alentó un sentimiento de distinción frente a Estados Unidos, y entre los francófonos canadienses fuera de Quebec, necesitados de apoyo lingüístico federal, que en el propio Quebec, que era quizá el único lugar en Canadá donde la lengua avivaba más que mitigaba el nacionalismo.

Los intelectuales quebequeses de izquierda de ese período se ufanaban de su participación en la lucha mundial de la descolonización, por ejemplo, con la polémica de Pierre Vallières en 1967 *Nègres blancs d'Amérique* [Negros blancos de América]. El gran logro cultural de la época fue la obra de Michel Tremblay, cuyas piezas teatrales encresparon en un primer momento el mundillo teatral quebequés, más por su uso del *joual*, el dialecto francés utilizado empleado por las clases más bajas (en el caso de Tremblay, el de la clase obrera francófona de Montreal), que por su atrevida presentación de mujeres y homosexuales. El *joual* sirvió como emblema cultural de la descolonización frente al «francés internacional», lo que constituía un aspecto del nacionalismo de la época casi tan importante como la oposición a la dominación del Canadá anglófono (que a su vez proclamó su independencia cultural frente a las normas británicas y estadounidenses en la misma época; la idea de una literatura canadiense específica y autónoma, por ejemplo, es un fenómeno notablemente reciente).

La revolución silenciosa fue por supuesto muy diferente a los nacionalismos del «Tercer Mundo». Aun así, en términos particularmente apropiados a la situación de Quebec, Peter Worsley señala, hablando de aquella época, que «la mística nacionalista [...] se basó en una práctica institucional, la de la movilización por el desarrollo»<sup>23</sup>. El gobierno de Jean Lesage, que no aspiraba al separatismo, tenía como eslogan «*Maîtres chez nous*» [Dueños de nuestra propia casa]. A este respecto, los proyectos de desarrollo masivo emprendidos por Hydro-Québec en la década de 1970 podrían compararse en cuanto a su repercusión con la construcción de la presa de Asuán en Egipto. Quebec estaba en condiciones de aprovechar la «mística nacionalista», en parte porque su clase gestora-profesional francófona se consideraba a sí misma subdesarrollada y necesitada de algo así como

<sup>23</sup> P. WORSLEY, *The Three Worlds*, Chicago, 1984, p. 292.

un Gran Salto Adelante. El primer líder del *Parti Québécois*, René Lévesque, trataba incesantemente de vincular las aspiraciones de los nacionalistas radicales y los de una clase gestora-profesional emergente, potenciada por un Estado en rápida expansión. La nación era, por supuesto, el término crucial de esa coexistencia: «Nosotros [los quebequeses] decidiremos si una empresa debe ser privada, pública o mixta. Pero lo que tiene que ser ante todo es quebequesa»<sup>24</sup>. *Quebec Incorporated*, por decirlo con otras palabras, tenía que ser gestionada por los quebequeses francófonos.

Las sacudidas económicas de principios y mediados de la década de 1970 pusieron fin al período de desarrollo nacional keynesiano, si bien en Quebec esto se produjo lentamente, en parte porque el prolongado poder de la «mística nacionalista» siguió alentando el activismo gubernamental en la provincia. Al otro lado de la frontera, en Estados Unidos, la movilización igualmente nacionalista del keynesianismo militar también sirvió para prolongar la coyuntura expansionista, si bien con efectos distintos. El éxito a largo plazo de ese activismo, sin embargo, creó unas condiciones en las que la clase gestora-profesional francófona se fue sintiendo cada vez más alejada de la retórica de la liberación nacional. A comienzos de la década de 1990 la renta media de los francófonos había superado ligeramente a la de los anglófonos. Se había asentado firmemente, además, una amplia clase ejecutiva francófona, tan alarmada como su equivalente anglófona (y lo que quizá es más importante, los acreedores de la provincia con sede en Wall Street), por el creciente déficit provincial.

Es en este marco socioeconómico en el que ha surgido el nacionalismo tardío quebequés. Latouche ya había señalado el aprieto en que se hallaba la retórica de la liberación nacional incluso antes del referéndum de 1995, alejándose del planteamiento del «desarrollo nacional» y defendiendo explícitamente un nacionalismo posmoderno con argumentaciones de tipo neoliberal:

La independencia de Quebec debería considerarse como otro caso de desregulación política. Tras varios años de intentos inútiles de disminuir el tamaño tanto del gobierno federal como del provincial, sólo queda una vía: desembarazarse de una vez de la mayoría de las responsabilidades legislativas de al menos uno de ellos [...] Hay que «privatizar» Quebec en su totalidad<sup>25</sup>.

Este nacionalismo tardío puede parecer el equivalente funcional a la privatización y disminución de tamaño de la economía posfordista. ¿Dará lugar a una versión paródica de la «mística nacionalista», a un «gobierno de salvación nacional» que recorte los impuestos a las grandes empresas y ofrezca mayor seguridad a los inversores extranjeros? El gobierno de Lucien Bouchard, aunque obligado esencialmente por los acreedores

<sup>24</sup> R. LÉVESQUE, *La passion du Québec*, Montreal, 1978, p. 202.

<sup>25</sup> D. Latouche, «Ten Reasons for Sovereignty», cit.

internacionales de Quebec a seguir la vía marcada por Latouche, también suponía que un presupuesto equilibrado y una solvencia asegurada estimularían en la población el deseo de independencia. Si bien su reciente dimisión sugiere que perdió esa apuesta, su sucesor, Bernard Landry, es, sin embargo, más *pur et dur* con respecto tanto a la independencia como a la agenda neoliberal. Esto da testimonio de la profunda impronta del imaginario nacionalista. Después de todo, resulta extraordinario que el nacionalismo pueda cambiar tan espectacularmente de inclinación política sin perder clientela, que era predominante aunque no exclusivamente socialdemócrata en el caso del *Parti Québécois*. Uno se ve así inclinado a coincidir con la apreciación de Anderson de que el nacionalismo no es tanto una ideología como un supuesto universalmente compartido: «Las cosas serían más fáciles, creo, si fuese tratado como fenómeno perteneciente al ámbito del “parentesco” o la “religión” más que al del “liberalismo” o el “fascismo”».<sup>26</sup>

Intelectuales como el propio Latouche atestiguan la pertinencia de esa formulación. «Las ciencias humanas –señala Martin Thom– están teñidas de colores registrados durante la fase inicial de la era de las naciones»<sup>27</sup>. La percepción generalizada de la «politización» de las universidades norteamericanas muestra, sin embargo, la angustia frente a la progresiva dilución de ese tinte. Esto se ha producido más despacio en las universidades francófonas de Quebec, hecho que podría estar relacionado con el papel más relevante de esa instancia académica en el contexto de un nacionalismo que no ha alcanzado su objetivo «natural» de un Estado-nación. Aun así, las humanidades en Quebec siguen sometidas a las mismas presiones gemelas que afectan al resto de las universidades norteamericanas; creciente especialización técnica por «encima» de las humanidades tradicionales, y culturas «populares» o «resistentes» desde «abajo». En el estudio de la literatura, por ejemplo, una disciplina que suele ser clave para el currículum nacionalista, se pueden comenzar a ver los rasgos del proceso histórico que enmarca la respuesta del academicismo humanista: el universalismo cuasi clerical de los clásicos se ve remplazado por el estudio de las literaturas nacionales, que a su vez se ve puesto en cuestión por los estudios culturales globalizados (léase «americanizados»).

Gellner señala útilmente que el nacionalismo «está impregnado de falsa conciencia» al pretender que está defendiendo una cultura popular cuando de hecho está forjando alta cultura<sup>28</sup>. Una de las características principales del nacionalismo tardío es la evaporación de esa forma particular de «falsa conciencia», al menos en sociedades como la quebequesa, en la que la cultura popular se considera pasada de moda y sentimental, ligada a

<sup>26</sup> B. ANDERSON, *Imagined Communities*, nueva edición, Londres y Nueva York, Verso, 1991, p. 5.

<sup>27</sup> M. THOM, *Republics, Nations and Tribes*, Londres y Nueva York, 1995, pp. 4-5.

<sup>28</sup> E. Gellner, *Nations and Nationalism*, cit., p.124 [p. 161 de la versión en castellano].

la figura de Lionel Groulx<sup>29</sup>. Ese cambio radical se refleja también en el mundo de la prensa de Montreal, en el que el nombre del semanario alternativo, *Voir* [Ver], es por sí mismo un golpe al diario nacionalista, *Le Devoir* [El Deber], sustituyendo al austero intelectual weberiano (*Le Devoir* se fundó en 1910) por la inmersión en la muy americanizada sociedad del espectáculo. No es una casualidad que *Voir* defendiera el voto por la soberanía en el referéndum de 1995, pero sólo a fin de «superar» lo que consideraba aburrida retórica de humillación y autoafirmación nacional. A partir de entonces anunció su intención de ignorar en sus páginas el debate nacionalista.

### *Escapar de la maldición rural*

Si el empleo moderno del término «país» (en este sentido similar al término francés *pays*) traiciona por sí mismo la característica supervaloración nacionalista de lo rural a expensas de lo urbano, ¿cómo afectará la nueva «era de las ciudades», tomando prestada la expresión de Martin Thom, al imaginario nacionalista? Debe admitirse que, por mucho que ese imaginario haya promocionado el campo, la era clásica del nacionalismo fue también la gran era de la urbanización, constituyendo en parte el reflejo de la experiencia de la alienación con respecto a una cultura primaria (rural). El sociólogo más importante que haya dado Quebec, Fernand Dumont (1927-1995), teorizó la distinción entre una cultura «primaria» y una «secundaria», describiendo más tarde su propia vida como una «emigración» desde un pueblecito a la gran Quebec<sup>30</sup>. Se trata de una narración muy cercana a la experiencia de la revolución silenciosa, pero no da cuenta de la experiencia de una nueva generación cuyo itinerario es cada vez más el de la migración de una gran ciudad a otra.

Montreal sigue siendo el límite «natural» de todas esas migraciones en el imaginario nacionalista quebequés. La obra de Jane Jacob, quizá más que ninguna otra, le ha dado la vuelta a la imagen nacionalista clásica de la ciudad como parásita del campo<sup>31</sup>. Jacobs (por aquel entonces residente en Toronto) se declaró a favor del referéndum de 1980 sobre la «asociación soberana» porque, en efecto, «disminuiría» la escala del gobierno, permitiendo tanto a Montreal como a Toronto florecer como centros capitalistas del tipo ciudad-Estado<sup>32</sup>. El nacionalismo de Latouche se inspira en gran medida en Jacobs y sus trabajos más recientes se han volcado

<sup>29</sup> Charles Taylor (de origen mixto anglo y francocanadiense) representa actualmente el modelo más pertinente de intelectual para los jóvenes, y acude con frecuencia a las emisiones de la francófona Radio Canadá.

<sup>30</sup> F. DUMONT, *Le lieu de l'homme: la culture comme distance et mémoire*, Montreal, 1968; *Récit d'une émigration: mémoires*, Montreal, 1997.

<sup>31</sup> J. JACOBS, *The Economy of Cities*, Nueva York, 1969; *Cities and the Wealth of Nations*, Nueva York, 1984.

<sup>32</sup> J. JACOBS, «Canadian Cities and Sovereignty Association», XVIIIth Massey Lecture Series, Toronto, 1980.

cada vez más sobre la idea de la nación definida por una sola ciudad-metrópoli<sup>33</sup>. Tanto Jacobs como Latouche tienden a suponer la naturalidad de la nación como unidad entre metrópoli y periferia, dominando ahora la primera por completo a la segunda. Cada gran ciudad precisa su propio *hinterland* (lo que constituye ya en sí una sorprendente degradación de la «patria» del nacionalismo clásico), y la nación queda reducida a una ciudad-Estado ampliada.

El hecho es que las migraciones francófonas a Quebec suelen acabar en Montreal. Las tasas de movilidad interprovincial para los anglófonos y «alófonos» (con una lengua materna distinta del francés y el inglés) quebequeses, por otra parte, están muy por encima de la media canadiense (a lo que quizá contribuye la propia fuerza del nacionalismo quebequés). Ese panorama, sin embargo, está cambiando; los padres francófonos, por ejemplo, demandan cada vez más el refuerzo del uso de la lengua inglesa en las escuelas francesas, en parte pensando en el fluido mercado de trabajo norteamericano. La propia Montreal, además, ha surgido espectacularmente en los últimos años como una potente economía en la alta tecnología, con fuerza considerable en las tecnologías aeroespacial, farmacéutica y de comunicaciones. Las principales exportaciones de la provincia en 1988 fueron prensa y aluminio; en 1998, piezas aeronáuticas, electrónicas y otros componentes<sup>34</sup>.

La relación entre esas nuevas industrias y, por lo tanto, del propio Montreal, con el resto de la provincia y con el gobierno nacionalista ya no es la misma que cuando Montreal servía primordialmente como cuartel general de las empresas de extractivas. Bernard Landry (por aquel entonces ministro de Finanzas) provocó recientemente el enfado de esas industrias al proponer, como es típico en *Quebec Incorporated*, enormes desgravaciones fiscales a fin de atraer a Montreal a una gran fábrica de microchips, creando allí un centro de comercio «virtual». La «mística nacionalista» ya no parece particularmente relevante para el desarrollo de Montreal como motor de la economía quebequesa.

### *Escapando del imaginario nacionalista*

El representante cultural emblemático del momento actual es Robert Lepage, que ha sucedido con éxito a Michel Tremblay en los escenarios

---

<sup>33</sup> Véase su examen de las posiciones de Jacobs en *Le Bazar: Des anciens Canadiens aux nouveaux Québécois*, Montreal, 1990, pp. 233-247; y también la espectacular condena que Tom Nairn hace del imaginario nacionalista clásico a este respecto en «The Curse of Rurality: Limits of Modernization Theory», en *Faces of Nationalism*, pp. 90-112.

<sup>34</sup> Con el TLCAN, además, las exportaciones internacionales, en particular hacia Estados Unidos, han aumentado espectacularmente. Esas exportaciones representaban el 21,8 por 100 del PNB en 1992, y el 37,5 por 100 en 1998, de forma que el incremento experimental en ese lapso ha sido del 71,9 por 100.

quebequeses. A diferencia de Tremblay, Lepage se ha convertido en uno de los empresarios viajeros de la producción políglota internacional. Ha situado con habilidad su teatro en la encrucijada de las culturas europea y estadounidense, yuxtaponiendo por ejemplo a Miles Davis y Jean Cocteau en *Agujas y Opio*; además, señala esa conjunción internacional como la vocación casi inevitable de la cultura quebequesa, una conjunción que se ve marcada también por la firme subordinación de los elementos verbales del espectáculo a los visuales. Al mismo tiempo, el francés internacional ha resurgido como lengua dominante del teatro de la provincia. Aunque el *joual* sigue siendo muy popular, especialmente en la televisión, ha perdido su contenido específicamente político. En cuanto a Latouche, la ha tomado con la vaca sagrada de la Ley 101 y su codificación del dominio lingüístico del francés en la provincia (la simple pintada «101» suele emplearse para denunciar los raros usos del inglés escrito en Montreal), argumentando que obstaculiza más que impulsa la causa del nacionalismo quebequés. El simple hecho de un Estado-nación quebequés asegurará el *status* del francés, creando al mismo tiempo la confianza necesaria para formas ampliadas de *métissage* lingüístico: «À nous l'impureté» [Venga la impureza]<sup>35</sup>. Aunque se ponga al servicio del nacionalismo, ese argumento dice al mismo tiempo adiós a su puntal cultural: la congruencia de las fronteras políticas y culturales. Con ello hemos abandonado el imaginario nacionalista clásico.

De hecho, figuras nómadas como Lepage parecen presagiar una nueva «comunidad imaginada» más allá del Estado-nación. John Gerard Ruggie ha reescrito la obra de Owen Latimore sobre la «importancia soberana del movimiento» para las tribus mongolas, en el contexto del orden político de la posmodernidad<sup>36</sup>. En el Quebec de comienzos de la década de 1990, Héléne Jutras, con 19 años, pudo a un tiempo enfurecer y galvanizar a los lectores de *Le Devoir* al declarar que «Quebec me está matando» y que ella, como sus padres anglófonos y alófonos, quería largarse de allí, quizá hacia Estados Unidos<sup>37</sup>. Y la suya resultaba ser la voz del «joven Quebec», el «futuro perfecto» de Anderson en torno al que se había construido siempre el nacionalismo clásico (la «joven Alemania», el «joven Canadá», etc.)<sup>38</sup>.

Jutras era en cierto sentido la encarnación perfecta de ese nacionalismo, empleando el lenguaje de la crisis existencial nacional en una elaboración

<sup>35</sup> D. LATOUCHE, «Pour en finir avec la loi 101», en Michel Sarra-Bournet, ed., *Le pays de tous les Québécois: diversité culturelle et souveraineté*, Montreal, 1998, p. 100. Esa colección muestra la importancia que han dado los nacionalistas a la reconciliación entre nacionalismo y «multiculturalismo» en los años transcurridos desde el referéndum de 1995 y la observación de Parizeau acerca de «el dinero y el voto étnico».

<sup>36</sup> J. Gerard RUGGIE, «Territoriality and Beyond: Problematizing Modernity in International Relations», *International Organization*, 47, invierno de 1993, pp. 139-174.

<sup>37</sup> Héléne JUTRAS, «Le Québec me tue», *Le Devoir*, 30 de agosto de 1994, p. A7.

<sup>38</sup> B. Anderson, *Spectre of Comparisons*, cit., pp. 360-363.

posterior de sus razones para ese deseo de largarse: «Mi felicidad está por encima de la de un país que se niega a serlo»<sup>39</sup>. Su *cri du coeur* buscaba un núcleo racional nacionalista para el hecho de que Montreal ya no podía ser su única metrópoli. En más de un sentido, era la auténtica hija del nacionalismo quebequés. Hasta la década de 1970, los hijos de los inmigrantes podían optar entre escuelas francófonas o anglófonas, y normalmente elegían estas últimas; pero a partir de entonces se les ha obligado a acudir a escuelas francófonas. La ley pretendía por supuesto integrar a los inmigrantes en una nueva cultura nacional, quebequesa más que francocanadiense. Lo que no pretendía era la integración simultánea de los estudiantes del zócalo francocanadiense (ante todo en las escuelas de Montreal, donde un gran porcentaje de los niños son alófonos) en una especie de cultura «*world beat*», que ha generalizado la migración internacional. En muy pocos años desde que Jutras publicó su ensayo, ese deseado movimiento se ha convertido en norma y dejado de ser una excepción: «*Aujourd'hui Québec; demain le monde*», es el lema de una campaña actual de anuncios de la *Université Laval*.

Cabe la posibilidad de que el nacionalismo tardío se construya en torno al «futuro perfecto» del movimiento cosmopolita. El propio Anderson ha reflexionado sobre la importancia del pasaporte para la identidad moderna así como la del «nacionalismo a larga distancia»<sup>40</sup>. Latouche ha insistido recientemente, refiriéndose al cosmopolitismo de Montreal, en que «una ciudad cosmopolita no se puede construir fuera de un tiempo y un espacio nacionales. Sin la nación, no se puede tener acceso a lo universal»<sup>41</sup>. El Estado-nación sigue reteniendo, después de todo, el pasaporte a la experiencia cosmopolita de las ciudades globales. Pero hasta ese monopolio se diluye cuando cada vez más gente experimenta una ciudadanía múltiple. El escritor francófono Dany Laferrière se ha explayado en una entrevista sobre las ventajas de su ciudadanía triple: en su caso, haitiana, canadiense (como antiguo residente en Montreal) y estadounidense. Su situación ya no es nada infrecuente en Montreal, lo que tiene un efecto muy real sobre sus colegas francocanadienses. Esta optimización del potencial de cada uno para el movimiento es la cara de la explosión de los «nacionalismos a larga distancia». Así, sin embargo, el traslado no se entiende necesariamente como un exilio de una patria idealizada, como tiende a suceder en el caso del «nacionalista a larga distancia».

El Estado-nación sigue constituyendo un poderoso modelo de serialización: para cada uno una nación; y recíprocamente, cada nación como «cuerpo político» orgánico y cohesionado. En el imaginario nacionalista clásico, se trataba necesariamente de una identidad nacional única; la ciudadanía dual era una aberración que debía modificarse mediante el

<sup>39</sup> H. JUTRAS, «Oui, le Québec me tue», *Le Devoir*, 27 de septiembre de 1994, p. A9.

<sup>40</sup> B. ANDERSON, *Spectre of Comparisons*, cit., pp. 69-74.

<sup>41</sup> DANIEL LATOUCHE, *Mondialisation et cosmopolitisme à Montréal*, Montreal, 1997, p. 13.

desarrollo de nuevas normas de naturalización y expatriación. Hasta muy recientemente, tanto Estados Unidos como Canadá insistían en ese aspecto: la naturalización en otro país era uno de los actos que podían conllevar la pérdida de la ciudadanía estadounidense o canadiense. Pero en 1967 una sentencia del Tribunal Supremo obligó al gobierno estadounidense a aceptar la doble ciudadanía; la ley canadiense análoga no se aprobó hasta 1973. En 1995, sin embargo, los nacionalistas aseguraban a sus votantes que no debían temer la pérdida de sus pasaportes canadienses, y que podrían tener uno de Quebec y otro de Canadá<sup>42</sup>. El poder del nacionalismo residía en otros tiempos en el orden «natural» de la ciudadanía única. Ese orden, sin embargo, ya no queda garantizado por la serialización de los Estados-nación: quizá incluso se ve más socavado aún por ese producto del nacionalismo clásico, la actual multiplicación y elaboración de identidades nacionales, en un mundo en el que las migraciones globales hacen cada vez más posible la adquisición de una nacionalidad tras otra.

### *¿Tardío y blando?*

Los pasaportes múltiples anuncian el advenimiento de la ciudadanía como algo tan próximo a la libre opción del consumidor como a una identificación o afiliación primaria. Hacia el fin de su vida, Gellner confiaba en una atenuación del fervor nacionalista en el marco europeo occidental. En una etapa más avanzada, la misma cultura industrial que creó el impulso inicial para el nacionalismo vería disminuir su efecto: «El hombre industrial tardío, como su predecesor inmediato, el hombre industrial primigenio todavía encuentra su identidad en una cultura alfabetizada más que en ninguna otra cosa, pero su cultura alfabetizada ya no difiere tanto de la de su vecino étnico»<sup>43</sup>. En consecuencia, argumentaba Gellner, en el futuro próximo cabía esperar una mayor relevancia de las formas de soberanía compartida (federación o cantonalismo) más que de la independencia total. De modo diverso, Escocia y Catalunya, así como Quebec, parecen responder a esa observación especulativa. En Quebec eso se denomina nacionalismo «blando», y su popularidad explica la insistencia de ambos referéndums en una terminología que implicaría la pervivencia de la «asociación» y «cooperación» con Canadá. El intento de Brian Mulroney de sacralizar el *status* de Quebec como «sociedad específica» pretendía

---

<sup>42</sup> Esto suscitó la consternación de los federalistas, y de hecho probablemente se habría modificado la ley canadiense para evitar la creación repentina de siete millones de ciudadanos canadienses viviendo en el nuevo Estado de Quebec al mismo tiempo que gozaban de los derechos que les concedía la ciudadanía canadiense. Véase Stanley HARTT, «Divided Loyalties: Dual Citizenship and Reconstituting the Economic Union», *C. D. Howe Institute Commentary*, 67 (marzo de 1995).

<sup>43</sup> E. GELLNER, «Nationalism and Politics in Eastern Europe», *NLR* I/189, septiembre-octubre de 1991, p. 131.



acomodar el nacionalismo quebequés en un marco federalista. Su éxito (fracasó en el último momento, en 1990) habría significado, en mi opinión, algo más que una mera contemporización, y por ello, en parte, es por lo que se opusieron los elementos más militantes del *Parti Québécois*. Gran parte de la población francófona de Quebec, incluyendo a muchos que votaron a favor en los referéndums, se habrían conformado con una mejora ante todo simbólica del *status* nacional de Quebec, muy inferior a la consecución de un Estado-nación.

Si el análisis de Gellner es correcto, la inclinación nacionalista hacia una versión u otra de la «disminución» posfordista, junto con acomodos políticos y económicos supranacionales para multiplicar el número de Estados-nación, es probable que proporcione resultados ambiguos. Gellner apuntaba a una situación de mayor estandarización de las economías industriales en las que «las diferencias mutuas se conviertan, al menos en cierta medida, en meramente fonéticas en vez de semánticas: hacen cosas parecidas y tienen ideas parecidas»<sup>44</sup>. La «alta cultura» de la producción industrial, que lleva consigo implícitamente, según Gellner, una lengua impresa (nacional) estandarizada, necesita ahora conciliar una fácil traducibilidad y el inglés como *lingua franca* de las suites de los ejecutivos y los hoteles de aeropuerto. Esto se constata particularmente en el caso de la industria de la cultura, que llega a un estadio avanzado cuando un programa de televisión como *Supervivientes* puede acomodarse fácilmente a varios mercados nacionales. Quebec ha logrado algo así como un nicho en esos productos culturales: los espectáculos internacionales de Lepage, el creciente del *Cirque du Soleil* en Las Vegas y Orlando, las coproducciones eurocanadienses de dibujos animados para el mercado euronorteamericano, y los éxitos de Softimage en el desarrollo de efectos especiales para Hollywood.

Los nacionalistas quebequeses esperaban que ese *savoir faire* de alto nivel en el nuevo marco del Tratado de Libre Comercio de América del Norte ayudaría a diluir en Quebec cualquier sentimiento de dependencia económica con respecto a Canadá, y efectivamente la interdependencia económica de Quebec con la región nororiental de Estados Unidos rivaliza con la mantenida con Ontario. Pero hasta este momento, eso no ha provocado el esperado incremento del sentimiento nacional, sino más bien lo contrario. En Quebec, como en otros lugares, el objetivo de alcanzar un Estado-nación propio puede ir dejando de ilusionar a mucha gente, dado que la erosión de la ciudadanía en los Estados-nación parlamentarios avanzados tiene como efecto la «cantonalización» del propio Estado-nación. Las novedades reales parecen estar en otro sitio. Estamos descubriendo un nuevo paisaje en el que las propias organizaciones supranacionales, más que las instituciones parlamentarias del Estado-nación, se

---

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 131.

convierten en objetos de debate y ocasiones de confrontación. Seattle, Quebec, Génova, etc., en lugar de los conflictos interrelacionados, pero todavía específicamente nacionales, de Chicago, Ciudad de México o París de hace más de treinta años.

Los teóricos del nacionalismo han señalado con frecuencia que es poco probable que las organizaciones supranacionales susciten adhesión o solidaridad. En efecto, son criaturas de su propio cuadro de administradores, y en cierta medida dependen de la prolongación de nacionalismos «blandos» que operan bajo ellas como base de comunidades congruentes con la sociedad civil y el imperio de la ley. Gellner saludó esa posibilidad, y habló en Montreal hace años de su complacencia por la idea de algunas camarillas de Whitehall manejando tras el telón los hilos y conmociones del sentimiento nacional. Pero además de que las organizaciones supranacionales no hayan conseguido ganarse nada que se parezca a una adhesión popular amplia, resulta que la oposición a lo supranacional «especialmente en lo que atañe a las organizaciones del comercio internacional» ha suscitado repentinamente un disentimiento cohesionado internacionalmente, con ayuda de la tecnología del Departamento de Defensa estadounidense (internet) y el vocabulario y cultura del imperio estadounidense. En Quebec, el interés por ese teatro global, muy destacado por los semanarios orientados hacia la juventud, tanto anglófona como francófona, ha sacudido al *Parti Québécois*, que lucha por mantener el interés y el voto de un segmento de la población, la juventud francófona de izquierdas, que en otro tiempo daba por garantizados. Además, se ha especulado recientemente con la idea de la formación de una alternativa de izquierdas al *Parti Québécois*, que aun permaneciendo oficialmente soberanista, estaría dispuesta a arriesgar la ruptura del frente nacionalista común.

Estos acontecimientos apuntan a un desafío más general a lo que he venido llamando nacionalismo tardío. Los pensadores nacionalistas, al menos los de Estados-nación pequeños o potenciales, se han mostrado con frecuencia los más entusiastas defensores del Tratado de Libre Comercio de América del Norte y de la Unión Europea, considerando a esas estructuras supranacionales como potenciales generadoras de soberanías por encima y por debajo del nivel de los Estados existentes. ¿Evitará ese proceso, no obstante, la imagen presentada por Gellner de los nacionalismos cooptados? Otras formas de comunidad y solidaridad están cobrando cada vez mayor importancia junto a la nacional, por poderosa que siga siendo esta última.